

Falso profeta

Difícilmente haya en la historia otro pensador tan influyente como Marx, pero, con el andar del tiempo, lo que hacía la fuerza de su sistema se transformó en el origen de su debilidad. Como Hegel, Marx nos pide que creamos que él ha descifrado la clave de la historia. Es decir, ha penetrado hasta, según sus propias palabras, "la concatenación causal del progreso que va de lo inferior a lo superior, y que se impone a través de todos los zigzags y retrocesos momentáneos" (*L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*). Más allá de una apariencia de aletoriedad e indefinición, el devenir de los acontecimientos no hace otra cosa que seguir un código preestablecido. Noten este giro del *Manifiesto*: "... las relaciones feudales de propiedad cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron." Es el mismo que usa Engels más tarde, como—según nos confía—ejecutor testamentario de Marx: "El poderío de esas comunidades primitivas tenía que quebrantarse, y se quebrantó." (El origen de la familia...) Y allí mismo: "... faltaba una institución que no sólo perpetuase la naciente división de la sociedad en clases, sino también el derecho de la clase poseedora de explotar a la no poseedora y el dominio de la primera sobre la segunda. Y esa institución nació. Se inventó el Estado." Diríase que la historia viene a ser algo así como una confirmación de la teoría marxista.

Aquí cabe la cita de otro Marx famoso. Groucho decía: "Profetizar es difícil, especialmente sobre el futuro". Los tres ejemplos antecedentes representan profecías de Marx (Karl) y Engels sobre el pasado, res-

pecto de las cuales no tuvieron mayores dificultades. Pero tampoco su obra escatimó las profecías sobre el futuro. Estas son básicamente de dos clases: por una parte, referidas al tiempo anterior a la revolución proletaria, y vinculadas con su fatal advenimiento; y por la otra, sobre la sociedad posrevolucionaria, incluyendo su etapa definitiva, el comunismo, y abarcando la fase transitoria hacia aquella, o sea el socialismo y la dictadura del proletariado. La falsedad de muchas de ellas a esta altura es incontestable; verbigracia, lo es cada día con mayor nitidez—literalmente *cada día*—la de las profecías acerca de la etapa de transición, tales como el anuncio del progresivo languidecimiento del Estado en las sociedades socialistas, y el anuncio del avance material notable que sobrevendría con (en palabras de Engels, *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*) "la organización consciente de la producción social, en la que la producción y la distribución obedezcan a un plan". Con todo, el fracaso de las predicciones marxistas es, por obvias razones, más patente a propósito del capitalismo, su inherente inestabilidad, y su definitiva caída ante el impulso, irresistible para el ya caduco sistema, de las empobrecidas masas proletarias. Esas predicciones, cuya formulación se cuenta entre las faenas más importantes que Marx cumple en su obra, cumbre, *Das Kapital*, pueden ubicarse bajo tres acápites: la creciente depauperación de los obreros, las crisis cíclicas, que aumentarían en amplitud, y la progresiva concentración de la propiedad, que tornaría tan sencillo el paso revolucionario hacia la socialización de los medios de produc-

ción, en beneficio de la enorme mayoría ya expropiada, y a costa tan sólo de un puñado de parásitos multimillonarios. Es el contraste tan dramático entre aquellas profecías y la realidad lo que ha llevado a un difundido reconocimiento en los países socialistas de que la espera del episodio mesiánico en que los fieles marxistas vivían era vana. Para decirlo con palabras de Aleksandr Bovin, destacado intelectual soviético y frecuente contribuyente de *Izvestia*, "la perspectiva de transformación socialista en los países capitalistas desarrollados se ha alejado indefinidamente".

En estas latitudes, la fe marxista se conserva por ahora más tenaz. La última edición de *Búsqueda* recoge una carta del Sr. Héctor Rodríguez, conocido dirigente gremial y político, así como periodista, donde se intenta la defensa de las predicciones sobre el capitalismo a que me refería hace un instante. Los lectores que se tomen el trabajo de releer su comunicación junto con los comentarios que siguen podrán formarse una opinión acerca de si resulta o no prematuro considerar, como yo considero, que nos hallamos ya en la era posmarxista.

Sobre las crisis, el Sr. Rodríguez se limita a afirmar que los ciclos económicos existen. La falta de pertinencia de su proposición en este contexto es total. Lo mismo podría decirse de la atribución a Marx (que el Sr. Rodríguez no hace) de un aporte original a la teoría del ciclo, en que algunos economistas no marxistas concuerdan. Lo que habría que demostrar que la pretensión de Marx, en cuanto a que *cada ciclo*, que "prepara el camino para el próximo"

es a la vez "más intenso y destructivo que el anterior",

(*Capital*) aun sin estar fundamentada en su obra (que no lo está, como ha observado Alexander Balinsky), se halla confirmada por la historia, porque sólo en tal caso el ciclo contribuiría al colapso del capitalismo, que es precisamente lo que Marx esperaba. Cabe recordar que durante la Gran Depresión hizo considerable camino la idea de que la profecía marxista se estaba cumpliendo, y que muchos economistas keynesianos esperaban una repetición de contracciones de gran intensidad al cabo de la segunda guerra mundial. De hecho, sin embargo, la posguerra no registró ningún fenómeno de esa clase, y la alternancia de períodos de contracción y expansión se ha transformado en una cuestión de interés puramente técnico. La posibilidad de que el ocaso del capitalismo esté siendo promovido por el ciclo económico es sencillamente risible.

Sobre la profecía de la creciente depauperación de los trabajadores, el Sr. Rodríguez busca refugio en el mundo subdesarrollado, donde centenares de millones habrían sido precipitados a abismos de miseria por la extensión del sistema capitalista. El Sr. Rodríguez no especifica qué límites geográficos atribuye al sistema capitalista—sería interesante, por ejemplo, saber si la hambruna de Etiopía y Mozambique es imputada al capitalismo por el corresponsal de *Búsqueda*—pero lo esencial es que Marx formuló su previsión en relación a los países centrales del sistema. El ascenso del nivel de vida en éstos no es negada por el Sr. Rodríguez, lo que sería a todas luces imposible, sólo que la atribuye a "la lucha sindical y política". La acumulación de capital, humano y físi-

co, el desarrollo científico, no tienen nada que ver. Sea. Pero Marx consideró la posibilidad de que su tesis sobre la creciente miseria de los proletarios pudiera ser desmentida por la acción sindical, y tuvo bastante que decir al respecto—por ejemplo en *Salario, precio y ganancia*—y básicamente lo que dijo es que tal posibilidad era ilusoria. De modo que como profeta habría fracasado de todos modos.

Si la revolución proletaria no está siendo allegada por la creciente miseria de las masas trabajadoras, menos aún lo está por la concentración de la propiedad. Sin la sombra de una duda, el movimiento actual y reciente en los países desarrollados de Occidente y Asia es en la dirección opuesta. El Sr. Rodríguez vuelve a salirse del tema y alude a un supuesto dominio de los mercados mundiales por no más de una docena de empresas en cada caso, la fuente de cuya afirmación omite revelar, pero debe consistir en la inagotable literatura de denuncia, la misma que inventó el dominio de tales y cuales países por tantas y cuantas familias. Una vez más, sin embargo, lo que es preciso señalar es que las grandes empresas, aparte de que representan cada vez menores porcentajes de la producción y el empleo totales, son—lo que verdaderamente interesa en este contexto—propiedad cada vez de más y más personas. En esta época posmarxista del capitalismo popular, los accionistas de las empresas grandes y pequeñas—aun antes de Thatcher y los demás privatizadores, pero aun más después—se cuentan por millones.

El Sr. Rodríguez intenta además sostener que Marx no fue determinista, lo que puede vencer sólo a los que no le han leído, y que, al contrario, su voluntarismo se manifestó en su concepción de la vida como

Falso profeta

(viene de pág. 2)

lucha. Al respecto hay que señalar que ya sabíamos que la lucha de clases era la esencia de la historia, pero hay que tener en cuenta su concepto esencialmente determinista de la conciencia humana y de la disposición de los agentes a la lucha, que no es el fruto de sus estimaciones negativas de lo que perciben como realidad, sino sólo el reflejo inconsciente de la infraestructura económica (cf. *inter alia* Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*).

El Sr. Rodríguez procura fortalecer su desvalida tesis sobre el voluntarismo de Marx con una cita del **18 Brumario**... , que él califica de extensa, pero que ante todo es confusa. Me temo que la confusión esté inducida por la defectuosa traducción que vierte, ya que el texto que Marx publicó en Nueva York en 1851/52 claramen-

te, a mi modo de ver, es en lo pertinente traducible por "las revoluciones proletarias... parodian (**mock**) los aspectos inadecuados..." en lugar de "**se burlan**", lo que saca el fragmento del contexto que encuadran las primeras palabras del opúsculo: "Hegel observa en algún sitio que todos los grandes acontecimientos... de la historia mundial de cierto modo se repiten. Omitió agregar: la primera vez como tragedia, la segunda como farsa." El tema de Marx en el ensayo es precisamente destacar lo inadecuado del intento de 1848 por contraste con la **Grande Révolution**:

Si el Sr. Rodríguez tiene más que escribir sobre estos temas, como es presumible, confío tener el gusto de leerle en **Brecha**, órgano del que es redactor, y a cuyos lectores no sería justo privar de sus estimulantes lucubraciones sobre Marx y el marxismo.